

Veracruz y sus viajeros*

Para Fernando Guadarrama Olivera, Guadarrambo, apasionado jaranero y decimero "oaxaqueño"

En el origen del relato está el viaje.

JOSÉ EMILIO PACHECO¹

Toda crónica es infinitesimal. Instantánea de un momento de la vida de un país que perennemente se destruye y se transforma. Tela de Penélope imprevisible y renovada.

GUILLERMO GARCÍA OROPEZA²

Hace poco más de 200 años, el 23 de marzo de 1803, el sabio alemán Alexander von Humboldt arribaba al puerto de Acapulco a bordo de la fragata *Orué*, en compañía del botánico Aimé Bonpland. Su llegada a la Nueva España marcaba la fase final de una fructífera aventura científica por el Nuevo Mundo, que había iniciado en 1799 en el puerto de La Coruña, España y que había

continuado por los hoy países de Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador y Perú.

La estancia de Humboldt de casi un año en el virreinato novohispano, incluyendo la intendencia de Veracruz —parte del puerto de Veracruz rumbo a Europa a bordo de la fragata *La O*, el 7 de marzo de 1804—, no sólo fue trascendente por sus estudios de la flora, la fauna, la geología, la historia y la arqueología de la principal posesión colonial española en América —y que a la postre se convertirían en su famoso *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, aparecido en 1807—, sino sobre todo porque, sin duda, esta obra representaría un redescubrimiento de este inmenso territorio y a la vez un parteaguas en la literatura viajera de México: desde entonces éste sería visto por los viajeros extranjeros, sobre todo europeos, con una mirada distinta, una mirada, ciertamente, a veces de asombro, a veces de incompreensión, a veces de avaricia, según fueran los intereses últimos del visitante en turno. En efecto, al prominente estudioso berlinés, quien, a decir del erudito historiador Elías Trabulse, "logró conjugar la visión científica con una mirada estética del

* Bernardo García Díaz y Ricardo Pérez Montfort, *Veracruz y sus viajeros*, Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2001.

¹ José Emilio Pacheco, "Prólogo", en Martha Poblett Miranda, *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, Gobierno del Estado de Veracruz, México, 1992, p. 13.

² Guillermo García Oriopeza, *Viaje mexicano*, col. SEP/90, núm. 58, SEP/FCE, México, 1983, p. 15.

mundo”,³ lo siguieron una pléyade de viajeros extranjeros ávidos de conocer y confirmar, *con sus propios ojos*, las maravillas que Humboldt, emocionado, describía con pasión y lujo de detalles en su *Ensayo Político*, obra que, como se sabe, forma parte de su monumental *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, integrado por treinta volúmenes ricamente ilustrados.

En los últimos años, las crónicas de este alud de viajeros, que no resistieron la tentación de seguir los pasos de Humboldt por nuestro país después de la Independencia, han sido compiladas y valoradas con objetivos distintos y desde diferentes enfoques por Margo Glantz y José N. Iturriaga de la Fuente, en *Viajes en México. Crónicas extranjeras*⁴ y *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI-XX*,⁵ respectivamente. Para el caso del estado de Veracruz contamos, por fortuna, con la excelente y multicitada compilación realizada por Martha Poblett Miranda y prologada por José Emilio

³ Mónica Mateos-Vega, “México debe a Humboldt el optimismo del siglo XIX”, *La Jornada*, 23 de marzo de 2003, p. 2a.

⁴ Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, col. SEP/80, núm. 34, SEP, México, 2 ts.

⁵ José Iturriaga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, t. I, Sección de Obras de Historia, FCE, México, 1991 [1a. reimpr. de 1989].

Pacheco, *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, que cuenta con once volúmenes ilustrados con fotografías y litografías.

Ahora aparece, bajo el sello del Gobierno del Estado de Veracruz, *Veracruz y sus viajeros*, bellísima y elegante edición al cuidado de Daniel Sánchez Scott y con sendos ensayos de los historiadores Bernardo García Díaz y Ricardo Pérez Montfort, ambos de sobra conocidos por sus valiosas contribuciones a la historiografía veracruzana. Esta obra contiene además grabados, litografías, pinturas, dibujos, mapas, planos y postales, fotografiados por José Ignacio González Manterola, todos los cuales pertenecen a colecciones de instituciones públicas y privadas y a colecciones particulares de México y el extranjero, entre las que cabe mencionar a nuestro relevante Museo de Arte de Orizaba. La aparición de este libro —que viene a complementar e inclusive a hacer las veces de estudio crítico y preliminar de *Cien viajeros en Veracruz*—, no podía ser más oportuna pues, aparte de celebrar por anticipado el bicentenario de la llegada de Humboldt a la Nueva España, es una atractiva invitación a viajar por nuestro huidizo pasado, “por lo que ya no está, por lo que ya no existe”,⁶ y a revalorar y repensar, a

⁶ Pacheco, *op. cit.*, p. 19.

partir del testimonio del extraño, del otro, el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra rica y variada cultura local y regional.

En el primer ensayo, titulado "Viajeros extranjeros en el Veracruz del siglo XIX", García Díaz hace "una rápida visión panorámica sobre la experiencia viajera" en la entidad en dicha centuria, que, por un lado, ayude a "contextualizar el ambiente histórico y social en que fueron concebidas" las obras plásticas de los artistas viajeros (Johann Moritz Rugendas, Johann Salomón Hegi, Karl Nebel, Edouart Pingret, Petros Pharamond Blanchart, Daniel Thomas Egerton, entre otros) que aparecen reproducidas —con una gran calidad, por cierto— en buena parte de las páginas del libro, y por otro lado, inviten al lector, incitado por la curiosidad, a leer directamente las crónicas y relatos de todos y cada uno de los viajeros mencionados. Crónicas y relatos que, por lo demás, tienen un alto valor literario pero que a la vez, a decir del historiador veracruzano, constituyen "una de las fuentes más relevantes de la historia social y cultural", aunque desde luego, agrega, "como cualquier otra fuente de información de hechos históricos, debe ser sometida [siempre] al cotejo y a la duda sistemática".

Hay, sin embargo, nos advierte con agudeza García Díaz, dos cosas

que deben tenerse siempre presentes a la hora de enfrentarse a esta literatura viajera. En primer término, que la llegada a México, a partir de 1821, de este aluvión de viajeros extranjeros no tenía —como podría pensarse a partir de una lectura ingenua de esta narrativa— ninguna motivación romántica sino que, en realidad, formaba parte de un proceso más amplio de expansión económica del capitalismo europeo, en el que se pasa de la exploración marítima al recorrido interior de los continentes: "Sobre las ruinas del Imperio ibérico —afirma el autor— se puso en marcha, en el siglo XIX, una avasalladora apropiación y transformación eurocentrista y los viajeros serían punta de lanza esencial".

Así, a estos extranjeros, la mayor parte ingleses pero también franceses, alemanes y estadounidenses —entre diplomáticos, comerciantes, empresarios, religiosos, arqueólogos, etnógrafos, colonos, escritores, naturalistas y aventureros—, "se les financiaba para localizar y analizar con precisión los recursos naturales, contactar y contratar con las elites locales y examinar las condiciones de transporte y mano de obra". La idea central era buscar una salida a los agresivos capitales europeos, que entonces pasaban por una etapa de expansión por todo el planeta, fuera en las ricas minas de oro y plata, en la industria textil, en el comercio neocolonial o en los

servicios de todo tipo del nuevo país independiente, siempre buscando que los márgenes de ganancia fueran lo suficientemente atractivos como para que valiera la pena correr los riesgos que conlleva toda inversión.

Un segundo elemento que, de acuerdo al autor, debe tenerse en cuenta al leer las crónicas de los viajeros extranjeros, es que si bien éstos poseían “un agudo sentido de la distancia cultural”, generalmente su mirada estaba permeada por los prejuicios eurocentristas: “[...] su propensión a sacar conclusiones o emitir aseveraciones contundentes a partir de las primeras aproximaciones o de insuficientes observaciones —señala García Díaz—, distorsionaban su punto de vista”.

Con todo, como dice atinadamente Andrés Henestrosa, “el que niega como el que afirma, el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con sus sombras a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia [...] Porque siempre fue verdad de que de fuera ha de venir quien vea aquello que nosotros, por sernos cercano y cotidiano, no vemos”.⁷ Para comprobar este aserto henestrosiano, basta acercarse a los escritos de Henry George Ward, Wilhelm Koppe, la

marquesa Calderón de la Barca, Paula Kolonitz, Brantz Mayer, Carl Christian Becher, Jules Joseph Leclercq, William C. Bullock, Pierre Charpenne, Charles Debuchet, Mathieu Fosey, Carl C. Sartorius, Gabriel Ferry, Gustavo Aimard, el barón Von Müller y Carl B. Heller, entre otros muchos.

La mayoría de ellos, en su camino apresurado al Altiplano, pasarían, luego de desembarcar en el temido fondeadero de Veracruz, por algunos lugares de la entidad veracruzana. En la primera mitad del siglo XIX generalmente los viajeros tomaban la ruta sur que incluía las poblaciones de Tolomé, Paso de Ovejas, Puente Nacional, Rinconada, Plan del Río, Cerro Gordo, Corral Falso, El Lencero, Xalapa, San Miguel, La Joya, Las Vigas y Perote, pero ya para la segunda mitad de la centuria, a causa del importante avance en las obras del Ferrocarril Mexicano, prefirieron la ruta norte que pasaba por Paso del Macho, El Chiquihuite, El Potrero, Peñuela, Córdoba, Orizaba y Acultzingo. Aunque también hubo algunos que irían a dar, por azares de la vida, a lo que García Díaz llama “paraíso espinoso”, es decir, la región veracruzana del Istmo de Tehuantepec, como fue el caso de los inmigrantes franceses que llegaron entre 1829 y 1832 y cuyo intento de colonización de estos agrestes parajes tropicales sería un

⁷ Andrés Henestrosa, “Presentación”, en Iruñaga de la Fuente, *op. cit.*, p. 9.

auténtico desastre. Como bien apunta el autor: “La imagen del europeo triunfador en las áreas neocoloniales que, gracias a su constancia y habilidad, y a la patente de corzo que representa la blancura de su piel, sale adelante y destaca inexorablemente en la escala económica y social, aquí rueda por los aires”.

De todos estos lugares y de sus alrededores, incluyendo por supuesto el puerto de Veracruz, los viajeros extranjeros dejarían interesantes observaciones sobre su paisaje y su arquitectura; el físico, la forma de ser, el atuendo, las diversiones y la vida cotidiana de sus habitantes; las ventas y posadas del camino y los “hoteles” de las principales ciudades; los diferentes y muy peculiares formas de transporte, terrestre, fluvial y marítimo; la singular comida veracruzana; las inevitables plagas del camino —léase, la fiebre amarilla, los “nortes”, los bandidos y las aduanas—; las guerras, revoluciones, contrarrevoluciones y cuartelazos, y en fin, los reales e imaginarios, diversos y contradictorios Veracruces que coexistían en ese siglo tan confuso pero tan determinante en el destino del Estado-nación mexicano como lo fue el XIX.

En el segundo y revelador ensayo que contiene el libro, titulado “El jarocho y sus fandangos vistos por viajeros y cronistas extranjeros de los

siglos XIX y XX (Apuntes para la historia de la formación de un estereotipo regional)”, Pérez Montfort, un reconocido especialista en el tema y por muchos años promotor del Encuentro de Jaraneros en Tlacotalpan, hace un “breve recorrido por los andamios de la construcción que dio lugar al cuadro estereotípico del jarocho, con su necesaria pareja, ambos vestidos de blanco, entre una multitud de semejantes armando un zapateado costeño, rodeados con palmeras y vapores tropicales, y gritos de ‘sólo Veracruz es bello’”.

Esto, que en apariencia podría parecer trivial, no lo es tanto, sobre todo si se tiene en cuenta que, en general, el común de las personas cree que este cuadro “típico” del folklor veracruzano —adoptado con furor desde la época posrevolucionaria con el fin de fortalecer el llamado “carácter nacional” junto con otros valores “regionales” o “locales” (el “charro”, el “indito”, la “china”, el “payo”, el “huasteco”, el “norteño” y muchos más), y sancionado en los ambientes artísticos (el teatro y el cine), periódicos, radiofónicos e intelectuales de la ciudad de México de esa época—, no tiene historia, es decir, que lo que hoy día se considera en forma casi unánime como “lo típicamente veracruzano”, y que ingresó de manera definitiva al repertorio de este tipo de representaciones regionales

durante la campaña política presidencial de Miguel Alemán Valdés (1945-1946), apareció de la nada un día cualquiera, como un producto intemporal del inagotable imaginario popular, quedando así “petrificado” por siempre jamás.

Así, en primer lugar, Pérez Montfort hace una interesantísima y aleccionadora revisión del significado de los términos “jarocho” y “fandango”, la fiesta por excelencia de éste, a partir de las obras de algunos autores mexicanos decimonónicos y de principios del siglo pasado como Miguel Lerdo de Tejada, José María Esteva, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Juan de Dios Peza, Antonio García Cubas, Salvador Díaz Mirón, Francisco J. Santamaría, Rubén M. Campos e Higinio Vázquez Santana; apreciaciones todas ellas —ciertamente reduccionistas y simplificadoras— que el lector puede ir cotejando con las imágenes alusivas reproducidas en el libro. Desde luego, no todos estos autores piensan lo mismo, ni mucho menos, con respecto al “jarocho” y el “fandango”: sus observaciones tienen a veces un tono de admiración y a veces un dejo racista, cuando no son totalmente contradictorias unas con otras, sin embargo, arrojan mucha luz sobre cómo se fue construyendo uno de los más caros estereotipos regionales del México contemporáneo.

En ocasiones, hacia la síntesis de este estereotipo, como acertadamente destaca el autor, se descubren caminos insospechados: por ejemplo, que las famosas e infaltables coreografías del moño en el piso y del vaso en la cabeza, hoy “vistas con desdén y hasta con extrañeza” por el fandango sotaventino, alguna vez formaron parte fundamental de los fandangos tradicionales en el campo veracruzano, o que la no menos famosa “gala” con el sombrero se perdió para siempre en los primeros lustros del siglo XX. Ello demuestra con diáfana claridad cómo hasta las más arraigadas costumbres populares se transforman, para bien o para mal, con el correr de los siglos, se den cuenta o no los observadores o los protagonistas de estas tradiciones.

Este acucioso análisis de la conformación del estereotipo del “jarocho” y sus “fandangos”, Pérez Montfort lo completa y lo contrasta con el repaso de algunos pasajes de las crónicas de los viajeros como Eugenio de Avinareta e Ibarгойen, George Francis Lyon, H. Remy, Lucien Biart, Ludovic Chambon, Vitold de Szyszlo, Leandro Cañizares, Bess Adams, Calixta Guiteras y Frances Toor, quienes, según el historiador, de una u otra manera contribuirían decisivamente en la conformación de esta “entelequia artificial”: “Interesados fundamentalmente por sus orígenes

raciales y por cuestiones de carácter físico y semiespiritual —confirma Pérez Montfort—, estos visitantes participaron activamente en la formación de lo que se consideraría típicamente jarocho. Siguiendo la ilusión cohesionadora de la representación única, la descripción del jarocho —con su ‘liberalidad’, la alegría y la belleza de sus mujeres y, sobre todo, su música y sus coreografías— fue abandonando a los sujetos específicos para crear una especie de textura o forma general que permitiera una uniformidad clasificable”.

Una prueba irrefutable de ello, finaliza el autor, es la distancia que en la actualidad guarda el cuadro típico del ballet folklórico escolar —y, añadiríamos nosotros, los grupos jarochos de marisquería— con respecto al fandango popular de las rancherías sotaventinas: “Mientras el primero responde a las necesidades de la escenificación y representación —asegura Pérez Montfort—, el segundo recuerda su carácter popular afirmando principios de identidad comunitaria. Cada uno contiene leyendas, vivencias y conflictos propios y, al parecer, viven enfrentándose. La fiesta estereotípica y la fiesta campesina conviven hoy en día como dos hermanas celosas, una legítima y otra no tanto; una rica y la otra pobre, una que se ofrece para el goce del turismo con cierto aire de auto-

complacencia y la otra disfrutando sus deleites colectivos y padeciendo sus dolores íntimos”.

En suma, aquel osado lector que se atreva a acercarse a *Veracruz y sus viajeros*, esos curiosos impertinentes, seguramente llegará a la conclusión de que esta hermosa entidad de la república mexicana, vista a través de la literatura viajera que aquéllos nos legaron, es al mismo tiempo, para decirlo con el lenguaje poético y sabio de José Emilio Pacheco, “un lugar concreto y una geografía de la imaginación”. Porque aquí, en esta tierra real e inventada pero tocada por la gracia de la naturaleza, asegura el poeta, “El paraíso es infernal, [y] el infierno es paradisíaco. La tierra para la infinita explotación y el enriquecimiento ilimitado —concluye— es también el auténtico crisol de culturas en que los continentes se mezclan ante el mar hecho con el agua de todos los ríos de este mundo”.⁸

Horacio Guadarrama Olivera
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana

⁸ Pacheco, *op.cit.*, pp. 15-16.